

# Los poros del exilio

A partir de las propias palabras de Soriano, siempre dispuestas a combatir la brutalidad y la tristeza con ironía y humor, Nicolás Hochman va de Ezeiza a Bruselas y de París a Argentina, rastreando el significado y los efectos de este acontecimiento traumático sobre la vida y la escritura de un exiliado que miraba en espejo allí donde hubiera una persona o un contexto que lo trajera de regreso.

**P**robablemente Osvaldo Soriano sea uno de los ejemplos más citados a la hora de hablar del exilio de escritores argentinos durante la última dictadura. Su experiencia reunió todos los requisitos que normalmente se exigen a un sujeto para ser considerado alguien que se exilió: su posición de rebeldía esbozada abiertamente dentro del país a través de sus filiaciones periodísticas y de sus notas, las amenazas de muerte por parte de la Triple A, el escape a Europa sin un destino seguro, la precariedad que acompaña a la supervivencia, el trabajo errático, la ambigüedad frente a los símbolos patrios, los intentos vanos de luchar desde el exterior, la añoranza y la nostalgia y, por fin, el retorno tan ansiado.

Acusado de peronista de izquierda, cómplice de la guerrilla y comunista, abandonó el país después del golpe del 76. Los años anteriores a esa salida fueron para él particularmente complicados en lo laboral, especialmente porque con la llegada de Enrique Jara al cargo de

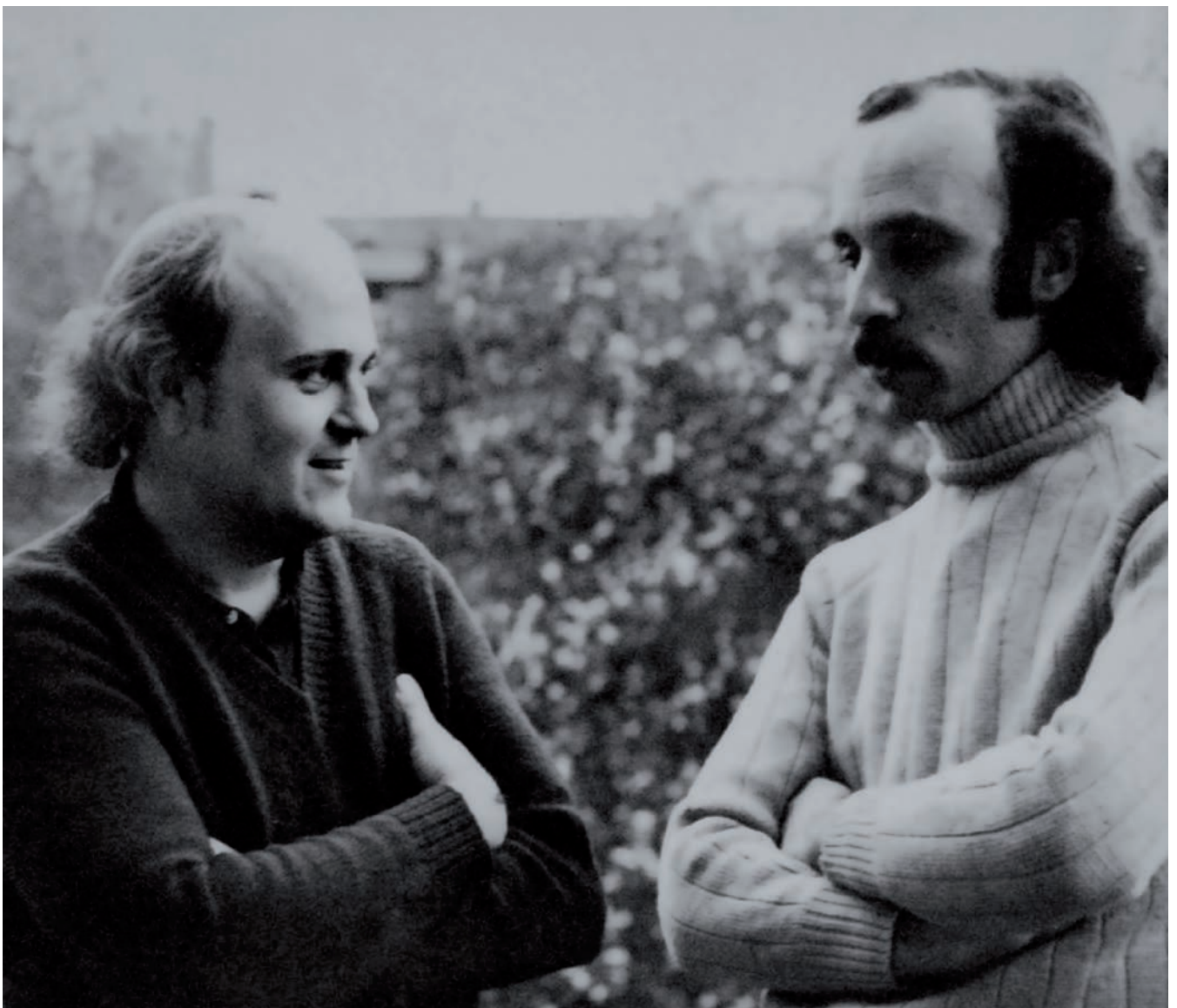
subdirector de *La Opinión* se desató una versión local de la caza de brujas macartista que terminó con Soriano abandonando el diario, a mediados de 1974, quince días después de la muerte de Perón y en el mismo contexto de la muerte de su padre. Recuerda Soriano:

*Me di por despedido y les inicié un juicio, con el patrocinio de Rodolfo Terragno. Lo ganamos en primera instancia, pero en la apelación la Cámara falló a favor de La Opinión. Cuando el general Camps le preguntó a Jara (subdirector del diario): "Dígame expresamente quiénes eran las personas que usted echó del diario por guerrilleros", Jara contestó: "Vicky Walsh (la hija de Rodolfo Walsh) y Osvaldo Soriano". Me nos mal que yo ya no estaba en el país. (Soriano, en Mucci, 1997: s/d)*

En esta misma entrevista Soriano explica que Jara no tenía razón al denunciarlo como guerrillero, ya que nunca lo había sido, no por

discordancia ideológica, sino por miedo, y que sin embargo estuvo cerca de muchos miembros de las guerrillas, que les hacía favores, que les guardaba material comprometedor:

*Hoy en día hay una tendencia a borrar hechos del pasado, parecería que nadie tuvo nada que ver. Pero esto no es así, hay que hacerse cargo. Sobre todo porque algún día un hijo va a hacer una investigación y va a encontrar cosas que uno dijo. Y hay que explicarle, porque todo tiene una explicación (...) Yo no soy ni fui peronista. Mi actitud con los Montoneros en ese tiempo se debió a que yo pensaba que ellos no creían en Perón, que en realidad se trataba de una trampa que le tendían al general. Con el general exiliado todo valía, porque había un elemento de ilegitimidad. A mí nunca me tocó decidir nada, pero creo que el clima de la época imponía ciertas cosas. Como la mayoría de la gente, pienso que todo hay que hacerlo en paz. Pero hay que hacerlo dentro de las reglas del juego, y esas reglas*



Soriano con Félix Samoilovich, su compañero de *Primera Plana*, en Bruselas, donde pasó los primeros tramos del exilio.

no regían en ese momento. (Soriano, en Mucci, 1997: s/d)

Con respecto a la fecha exacta de su partida, existen algunas confusiones que empiezan por el mismo Soriano:

*En Ezeiza había muchos controles. Como tenía miedo, llevé un papel con membrete de El Cronista, que decía que iba a cubrir la pelea Monzón-Benvenuti. Me acuerdo de que un soldado con ametralladora al hombro me dijo: "¡Qué envidia!".* (Soriano, en Mucci, 1997: s/d)

El error es doble. Soriano cuenta que este viaje se dio quince días después del golpe de Estado, cuando él acababa de regresar de Europa. A esto hay que confrontarlo con el hecho de que las peleas entre Monzón y Nino Benvenuti fueron en 1970 y 1971, y que los únicos combates de Monzón posteriores al comienzo de la dictadura fueron el 26 de junio de 1976 y el 30

de julio de 1977, ambos contra el colombiano Rodrigo Valdés.

Puede parecer poca cosa, pero veo en esto cierta importancia, no porque el día de la salida cambie algo, sino porque precisamente hay ahí un motivo que me lleva a pensar su exilio de una manera no tradicional. Sospecho que, a nivel simbólico, el exilio de Soriano no comenzó un día concreto para terminar otro específico (a su retorno), sino que se convirtió en una coyuntura de márgenes porosos, donde no queda claro ni siquiera para él mismo cuándo empezó y cuándo terminó. Que equivoque la fecha de salida y el combate que le permitiría exiliarse sin demasiados riesgos es, por lo menos, sintomático (Hochman, 2011).

Su primer destino en Europa fue Bruselas, a la que llegó invitado por un amigo, el poeta Félix Samoilovich. Allí se reunió con otros amigos y compañeros de *La Opinión* que se hallaban en circunstancias muy similares a la

suya. Soriano contaba que los primeros trabajos que consiguió fueron limpiando iglesias u oficinas, siempre de noche, ya que de día había gente y además le pagaban en negro. Sabía que nadie le iba a ofrecer un trabajo mejor en esas circunstancias, siendo clandestino y desconociendo el idioma. Y explica:

*Todos los amigos con los que estaba también trabajaban de noche. Todo era muy años setenta: hacíamos vida comunitaria y compartíamos absolutamente todo. Poco a poco fui aprendiendo el francés (...) Yo trabajaba dos o tres días a la semana, que era lo que se podía conseguir en ese mercado negro de la clandestinidad. Vivíamos con un bajísimo nivel económico, pero sin dramatizar: no se comía manteca ni carne, tomar una Coca-Cola era un lujo, y el café lo probábamos cuando alguno lo afanaba del supermercado.* (Soriano, 2010: 14-15)

¿Trabajaba Soriano realmente de esto? Probablemente. Osvaldo Bayer recuerda que So-

riano tenía unos relatos fantásticos, autobiográficos, y que nunca terminaba de quedar en claro si eran realidad o eran imaginación. Para graficarle cuenta que un día Soriano le dijo que en Bruselas se ganaba la vida como contador de patos y cisnes en un lago, en el que trabajaba tres horas, al anochecer. Su función era la de recorrer todo el predio y contar qué cantidad había, y si alguien se robaba alguno, entonces la municipalidad lo reemplazaba inmediatamente. El problema era que nunca desaparecía ninguno, y él empezó a preocuparse porque su trabajo iba a perder sentido y lo iban a dejar cesante. Así que se puso de acuerdo con un muchacho peruano, que todas las noches entraba y se robaba dos o tres patos, que luego cocinaban y comían juntos. De esa manera no solamente le daba un sentido a su trabajo, sino que además se alimentaba muy bien.

Es muy probable que la anécdota sea falsa, una broma narrada con la seriedad de quien explica de qué trabajó durante su exilio. Como sea, esas condiciones de precariedad, que indudablemente existieron, se mantuvieron durante dos años, en los que comenzó a gestar vínculos laborales en otras ciudades europeas. Cuando se trasladó a París, en 1978, su situación mejoró notoriamente, sin por eso vivir en el lujo que muchos de sus detractores recalcan durante aquellos años.

En una carta que le escribe a Bayer en 1977 explica muy bien sus inquietudes con respecto a la permanencia en Bruselas:

*Me dicen que pida refugio político. Pero vos sabés bien, no es fácil entregar el pasaporte y quedar en manos de un país del que te importa un carajo. Quizá sean pruritos, pero voy a agotar las posibilidades de trámites. Los belgas son más duros que la mierda para eso. Si en Alemania se hablara francés sería bárbaro. Pero los alemanes hablan esa cosa terrible. ¿Cómo es posible aprender a chamuyar en esa lengua?* (Soriano, en Bayer, 2007: s/p).

En una entrevista con Hugo Hortiguera, Soriano explica que en Europa había una especie de código para refugiarse, que tenía que ver con darle amparo a los más nuevos, explicándoles cómo obtener la categoría de “re-

fugiados”, en la que no todos eran admitidos. Recuerda, además, que entre los exiliados se reían mucho de esta situación, y que había algunos “expertos” que le preparaban una especie de guión a los que recién llegaban, haciendo hincapié en cosas que debían decir y otras que no, ya que a veces las preguntas eran muy sutiles y exigían una respuesta precisa:

“—¿Es usted subversivo?

—Sí.

—¿Participó en huelgas, desórdenes públicos? ¿Llevaba armas de fuego?

—Sí.”

*Debían ser más bien graves, pero había que tener cuidado con la plata:*

“—¿Participó en asaltos a bancos?

—No. Hacíamos huelgas solamente, pero robos no.

—¿Rompió coches, vitrinas?”

*Esa desconcertaba. ¿Qué contestar? Bueno, coches se podía, porque el coche está en la calle, es más “impersonal”, pero las vitrinas son más privadas. La mezcla de todo esto daba la firma, la admisión en la categoría de refugiado, si todo era respondido como correspondía. Yo no llegué a exiliarme. Los cupos eran muy pocos, así que, si no era absolutamente necesario, había que tratar de dejarlos para los otros que lo necesitaban.*

—¿En qué categoría estaba usted?

—Yo era un desconocido, no existía. Estaba totalmente ilegal. Me sacó de la ilegalidad la gente de la universidad de Lovaina. Los católicos de Lovaina hicieron esfuerzos para ayudarnos a los que no teníamos refugio ni seguridad social. La universidad nos dio cartas de estudiantes “truchas” para que con ellas pudiéramos hacer los papeles. ¡Había montones de falsos estudiantes! (Soriano, en Hortiguera, 1999: 155-156)

Es sumamente interesante que Soriano diga de sí mismo que, técnicamente, no estaba exiliado. No lo está, según deja apreciar en esta entrevista, por una cuestión absolutamente formal y legal. Es decir: no es exiliado porque no es ése el rótulo con el que ingresa a Bélgica. Más bien sería un exiliado “trucho” (como “trucha” era su carta de estudiante), que sufre las mismas consecuencias que otros, pero que no tiene el amparo legal que brinda la

categoría de exilio. Por otra parte, es irónico que los cupos para exiliados sean restringidos, que haya vacantes para situaciones semejantes. Ante ese absurdo del sistema, queda claro que la gente se las rebusca como puede para encontrar brechas por las que pueda filtrarse. No cualquiera podía ser un refugiado en regla.

Cuando junto a otros escritores y periodistas Soriano fundó la revista *Sin Censura*, su espíritu combativo quedó evidenciado en sus artículos de opinión, así como también en las entrevistas que realizaba. Un ejemplo muy claro aparece en el número cero de la revista, cuando Soriano hace una reseña de la nueva etapa de otra revista insignia de la época:

*Los pocos ejemplares de Cuadernos de Marcha llegados a Europa circulan de mano en mano, se fotocopian, se comentan como todo acontecimiento. La gravedad de los temas abordados no ha impedido, sin embargo, un salto de alegría en el corazón. Porque es una prueba más de que estamos de pie, entre tantos muertos, de que hay que seguir adelante por los vivos, contra la nostalgia, contra el pequeño cementerio que cada uno de nosotros arrastra, pesado como un ancla.* (Soriano, 1979: 14)

No hay dudas de que su discurso es muy similar al de muchísimos otros exiliados de los 70. De ahí se desprende la tristeza, el enojo, la expectativa, cierta hermandad latinoamericana, la experiencia, la búsqueda de una salida a través del combate al menos desde la palabra. No es un párrafo que tenga un estilo sorianoesco, sino la catarsis de alguien que escribe desde el cansancio, desde una posición afectiva a la vez que racional, pero que claramente prioriza la necesidad de comunicar lo que la noticia (la reaparición de *Cuadernos de Marcha*) significa emocionalmente, a la búsqueda de una estética narrativa.

Podemos pensar que el exilio de Soriano estuvo caracterizado principalmente por este tipo de situaciones, donde la distancia y la política se inmiscuían en su vida de una manera absolutamente tangible, corporal, real. Y que esa misma experiencia es imposible de dissociar de su trabajo como novelista, en una época en la que su producción de ficción merma considerablemente, y donde además el





Catherine Brucher, viuda de Soriano, retratada en los comienzos de su relación con Osvaldo durante el exilio con la cámara fotográfica que él llevaba siempre consigo.

exilio no aparece narrado como tal. Por supuesto, esto podría ser una búsqueda del autor, que no tenía ni la obligación ni probablemente la necesidad o el deseo de hablar de su propia partida en esa clave. Quizás sea eso. O quizás, además, haya en él cierta imposibilidad constitutiva en representar lo traumático de un acontecimiento compartido por miles a través de personajes ficticios. La ficción, además, trae consigo un riesgo enorme que, en estas circunstancias, podía verse aún más magnificado: el de banalizar el trauma propio, el de banalizar el trauma de los otros.

Hasta donde sé, Soriano nunca dejó un testimonio al respecto. Sí hay una cosa clara: el exilio representaba para él un tema de habla cotidiana (podría parecer una obviedad, pe-

ro no lo es), que no solo afectaba su día a día, sino también su escritura, su manera de mirar al mundo, el filtro mediante el cual establecía un vínculo con amigos, compañeros de trabajo, colegas, la gente en general.

En el tercer número de *Sin Censura*, Soriano entrevistó a David Viñas. Sus preguntas no son particularmente interesantes, y de hecho no le hace falta mucho para que su entrevistado hable, opine, dé títulos posibles. Sin embargo, es muy curioso pensar en las últimas cuestiones que Soriano le menciona a Viñas, y que bien podrían ser pensadas en espejo, como preguntas que Soriano se hacía a sí mismo, como cuestiones que lo angustiaban o movilizaban, en las que reflexionaba muy a menudo

y que necesitaba compartir con otro: “Viñas, ¿qué opina de Videla?”, “¿Por qué no vuelve a la Argentina?”, “¿Miedo de que lo maten?”, “¿Y de que no lo dejen decir lo que quiera?” (Soriano, 1980: 15).

Desde su exilio Soriano no podía no mirar en espejo a algunos entrevistados, a ciertas situaciones, a contextos que permanentemente lo devolvían a su país de nacimiento, de pertenencia. Una pertenencia que no siempre es tal, que se difumina según las experiencias personales o, por el contrario, se intensifica hasta volverse síntoma. Una pertenencia que funciona diferente en cada persona, en cada momento de su vida, en cada instancia de resignificación.

Bayer, Osvaldo (2007). “Las cartas del exilio”, en *Radar*, Buenos Aires, 28/1/07.

Hochman, Nicolás (2011). “Un exiliado siempre serás. El desarraigo en las novelas de Osvaldo Soriano”, en *Contextos* N° 26, año 13, Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, Facultad de Historia, Geografía y Letras, Chile. Págs. 63-72.

Hortiguera, Hugo (1999). *Literatura cambalachesca: la heterogeneidad discursiva en la novelística de Osvaldo Soriano*. Sydney: University of New South Wales.

Mucci, Cristina (1997). “Entrevista con Osvaldo Soriano”, en *Voces de la cultura argentina*. Buenos Aires: El Ateneo.

Soriano, Osvaldo (2010). *Soriano por Soriano*. Buenos Aires: Seix barral.

----- (1979) *Sin Censura* año 1, N° 0, Washington-París, 11/79.

----- (1980) *Sin Censura* año 1, N° 2, Washington-París, 10/4/80.